

Fuentes documentales para la historia peruana en Chile

CARMEN MC EVOY

The University of the South-Sewanee

cmcevoy@sewanee.edu

La historia del archivo es la historia de una pérdida, nos recuerda Antoinette Burton.¹ En el caso de la historia de mi encuentro con la Colección Vicuña Mackenna en Chile en el Archivo Nacional de Chile, ella fue la constatación de una pérdida pero también la posibilidad de una recuperación. En 2002, partí rumbo a Santiago gracias al apoyo de la Fundación Guggenheim. La conjunción de mi año sabático y una generosa beca me permitieron pasar una larga temporada en la capital chilena. Ahí me dedique a recolectar información para mi libro *Guerreros civilizadores. Política, sociedad y cultura durante la Guerra del Pacífico, 1879-1884*. No era la primera vez que visitaba la ciudad capital de nuestro vecino del sur. En 1997, Cristina Mazzeo y yo viajamos a Santiago de Chile con la finalidad de revisar los catálogos de la Biblioteca Nacional y del Archivo Nacional de Chile. Fue en esa oportunidad que me topé, por primera vez, con los documentos acopiados por Benjamín Vicuña Mackenna a lo largo de muchas décadas.

Apenas llegué a Santiago, en el invierno de 2002, fui acogida por varios amigos, entre ellos Rafael Sagredo, quien me presentó a su mentor, el historiador Sergio Villalobos. Antiguo director del Archivo Nacional,

¹ Burton, Antoinette. «Thinking beyond the boundaries: Empire, feminism and the domains of History». *Social History*. 26/1 (2001), p. 66.

Villalobos me dijo, entre sonrisas, una frase inolvidable: «Se va a sorprender con el material que va a encontrar en la Colección Benjamín Vicuña Mackenna». Y, ciertamente, así fue. Cientos de folios envejecidos por el tiempo desfilaron ante mis ojos, provocándome sorpresa y, por qué no decirlo, fastidio. Porque si bien es de conocimiento público que durante la ocupación de Lima por el Ejército de Chile, la Biblioteca Nacional y Archivo Nacional fueron saqueados y sus mejores fondos bibliográficos y documentales partieron rumbo a Santiago, es poco lo que se sabe sobre el destino de una cantidad —aún indeterminada— de manuscritos peruanos. Mi estadía en Chile me permitió revisar algunos de ellos. Me refiero a los centenares de papeles, oficiales y privados, que en su momento formaron parte de colecciones peruanas y que, hasta el día de hoy, se encuentran encuadernados en el archivo que la viuda de Vicuña Mackenna vendió al Estado chileno, luego del fallecimiento de su esposo.

Recuerdo haber visto los sellos del Estado peruano estampado en un sinnúmero de cartas oficiales y tocado con mis propias manos los telegramas que oficiales peruanos mandaron a su comando en los momentos más aciagos de la guerra, cuando la llegada de las fuerzas invasoras a Lima era un hecho inevitable. En el proceso de escribir esta remembranza vienen a mi memoria las mañanas de invierno leyendo docenas de cartas que los soldados enviaban a sus familiares y amigos. Posteriormente me enteré de cómo llegaron al Archivo Vicuña Mackenna: el intelectual liberal contaba con una red de contactos en el ejército y en la Guardia Nacional chilenos. Esta última estaba encargada de recoger las cartas dejadas en el campo de batalla con la finalidad de ilustrar con ejemplos concretos los artículos y libros que el prolífico escritor publicó sobre la Guerra del Pacífico.

Durante los meses que pasé en Santiago revisando y fichando los cientos de folios pertenecientes a la Colección Vicuña Mackenna, pude acercarme al complejo mundo de la guerra que enfrentó a Perú y Bolivia contra Chile. Mi paso por el archivo me permitió, asimismo, analizar las consecuencias de la conflagración trinacional en la vida concreta del soldado. Esto ocurrió, principalmente, con las cartas de los combatientes:

algunos de ellos solicitaban oraciones a su madre, otros transmitían a sus esposas su angustia frente a lo incierto. Sin embargo, lo que más me llamó la atención de la Colección Vicuña Mackenna fue un pequeño cuaderno azul. Al revisarlo descubrí que era el libro de apuntes de una ambulancia peruana. Con tinta azul y una letra menuda, su dueño, probablemente un médico, llevaba la cuenta de los productos que — como el alcohol o la gasa— eran vitales para atender a los heridos. Hasta ahí todo tenía sentido y me sentí conmovida. Sin embargo, cuál no sería mi sorpresa al descubrir que desde la mitad del cuaderno hacia adelante la letra cambiaba porque la libreta tenía nuevo dueño: un comandante chileno de apellido Toledo. En efecto, luego de encontrar la libreta de la ambulancia peruana, Toledo empezó a dar cuenta de las millas que faltaban para llegar a Lima. La libreta, que el oficial chileno convirtió en trofeo de guerra y luego regaló a Vicuña Mackenna, da testimonio de la naturaleza de una colección documental. Además de ser un repositorio de información, el Archivo Vicuña Mackenna muestra los dilemas y contradicciones presentes en toda guerra, así como también la interesante personalidad de su dueño.

Desde tiempos inmemoriales, los archivos han sido considerados lugares donde la memoria colectiva es preservada. Así, el concepto mismo de *arkheion*, al que se refiere Jacques Derrida en su famosa obra *Archive Fever*, es el *locus* de la autoridad social e histórica. En breve, se trata de un lugar donde se guarda el recuento de un pasado que crea y recrea un orden social establecido.² En la medida que el tiempo transcurre y la autoridad política migra a otras esferas, los archivos se convierten en el espacio por excelencia de una actividad histórica considerada real y concreta. En efecto, el surgimiento del archivista profesional, relacionado al estado moderno y a su creciente actividad diplomática, promovió la noción del archivo como el repositorio de la verdad histórica. Desde el positivismo rankeano hasta la objetividad celebrada por un sinnúmero de historiadores decimonónicos, lo que tradicionalmente se consagra es

² Derrida, Jacques y Eric Prenowitz. «Archive Fever: A Freudian Impression». *Diacritics*. 25/2 (1995), pp. 9-63.

la idea del archivo como el templo de la certidumbre. Así, el concepto unificador asociado al archivo pretende resaltar la importancia de las instituciones, la prominencia de los actores individuales, los grandes eventos y el tema de las fronteras nacionales y su definición a lo largo del tiempo.³

La Colección Vicuña Mackenna es parte de la tendencia positivista anteriormente analizada donde el «polvo», como lo afirma Carolyn Steedman, es la solución que el siglo XIX dio a las grandes rupturas del siglo que le precedió.⁴ La secuencia y la aparente linealidad en la organización de la Colección Vicuña Mackenna, buscó crear una cierta armonía en el contexto de aquel mundo discordante y desordenado que le tocó vivir a su propietario. José Luis Rénique sostiene que historia e exilio guardan una estrecha relación en la concepción de la nación e historia de Chile, concebida por Vicuña Mackenna. Como «conmoción emocional y como reto político e intelectual, el exilio está en la médula de su aprendizaje y su imaginación». Así, el Chile que el político liberal imagina, proyecta y ayuda a construir se perfila en contraste con el «ancho mundo» que una sanción política lo forzó, en varias ocasiones, a confrontar. De la voluntad a la nación: la obra del individuo nos introduce a la manera concreta en que va entretejiéndose una auto-imagen nacional. Leída con perspectiva secular —y desde una perspectiva «peruana», más aún— la obra de Vicuña aparece, según Rénique, como un interesante símil para apreciar la peculiar dinámica del nacionalismo chileno: su vocación por el orden, su sensibilidad geopolítica, su capacidad para la metamorfosis gradual, reabsorbiendo a los disidentes, conciliando con el pasado; así como también el peculiar amalgamamiento de los temas «civilizadores», el americanismo dialogante y el nacionalismo agresivo.⁵

³ Para esta discusión, véase Blown, Francis X. y William G. Rosenberg, *Processing the Past: Contesting authority in history and the archives*. New York: Oxford University Press, 2011, pp. 3-10.

⁴ Steedman, Caroline. *Dust: The Archive and Cultural History*. New Brunswick: Rutgers University Press, 2002.

⁵ Rénique, José Luis. «Benjamín Vicuña Mackenna: exilio, historia y nación». En Mc Evoy, Carmen y Ana María Stiven (eds.). *La república peregrina. Hombres de armas y*

Es posible encontrar ciertos vasos comunicantes entre el análisis que hace Rénique sobre el perfil de Vicuña Mackenna y la naturaleza de su archivo, el cual pude revisar a lo largo de varios años. El 19 de febrero de 1881, a un mes de la ocupación de Lima, el capitán del Batallón Victoria Narciso Castañeda le envió una carta a Vicuña Mackenna para ponerlo al tanto de un hecho de suma importancia: había logrado sacar «importantes documentos» que se conservaban en el escritorio del antiguo subsecretario de Guerra del Perú. En la misiva Castañeda prometía «otra sacada» para más adelante, pues «el bulto» era tan grande que parecía más sensato extraerlo por etapas. El militar y otrora asistente privado del historiador consideraba que este «robo» de documentos de la oficina gubernamental peruana era un acto «honroso», pues las piezas servirían «provechosamente» a la historia de la guerra que su destinatario escribía en ese momento.⁶

Esta «sacada» de documentos de la Dependencia Gubernamental de Lima fue uno de los tantos episodios que definieron la participación de Castañeda en la cruzada civilizadora a la que se refiere Rénique y que Vicuña Mackenna lideró desde Santiago. Para nadie es novedad que el hombre que redactó de manera compulsiva esas miles de páginas sobre la Guerra del Pacífico invirtió buena parte de su tiempo, energías e incluso su dinero para recolectar documentos históricos chilenos e hispanoamericanos. Una somera revisión de los cientos de volúmenes que forman parte del Archivo Vicuña Mackenna revela la existencia no solo de valiosos manuscritos sobre asuntos eclesiásticos y de política colonial (el ejemplo más notable es el archivo secreto de la Real Audiencia de Chile), sino también de cientos de cartas y documentos personales de los hermanos José Miguel, Juan José y Juan Manuel Carrera, Bernardo O'Higgins y de un sinnúmero de héroes de la Independencia hispanoamericana, como

letras en América del Sur, 1800-1884, Lima: Instituto de Estudios Peruanos e Instituto Francés de Estudios Andinos, 2007, pp. 487-529.

⁶ Una versión extensa de la discusión que aparece en los párrafos siguientes en Mc Evoy, Carmen. «Guerra, civilización e identidad nacional. Una aproximación al coleccionismo de Benjamín Vicuña Mackenna, 1879-1884», *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*. 46 (2009), pp. 109-134.

Antonio José de Sucre. La copiosa correspondencia —por no decir el archivo completo— de los militares peruanos Luis José de Orbegoso y Domingo Nieto, de quien daré cuenta más adelante, son otras de las joyas históricas que reposan en la Colección Vicuña Mackenna.

En cuanto a la temprana y poco documentada incursión de Vicuña Mackenna en los archivos peruanos, es necesario recordar que, al final de su destierro en Lima en la década de 1860, el futuro intendente de Santiago obtuvo de manos de Demetrio O'Higgins el codiciado archivo privado de su padre, Bernardo, quien falleció en 1842 en el Perú. Es evidente que la documentación que el historiador recogió en la Hacienda Montalván fue de gran utilidad para la redacción de su obra cumbre sobre el Director Supremo. Asimismo, su previo paso por Bolonia significó el redescubrimiento de la desatendida obra científica del abate José Ignacio Molina, algunos de cuyos trabajos llevó consigo a su regreso a Chile. Lo anterior no debería sorprendernos, ya que el coleccionismo de Vicuña Mackenna, expresado en la formación de su archivo particular, puede relacionarse con la tendencia a la acumulación de corte victoriano tan propia de las burguesías decimonónicas, tema analizado por David Viñas para el caso argentino.⁷

En el caso específico de la acumulación de documentos sobre la Guerra del Pacífico, existen al menos dos motivaciones centrales que nos permiten comprender la obsesión de Vicuña Mackenna. La primera tiene que ver tanto con su apremio por redactar una historia de la guerra en tiempo real como con su deseo de «autenticidad» muy vigente en el siglo XIX. Así, por ejemplo, luego del combate naval de Iquique, Vicuña Mackenna logró copiar íntegramente el libro del telegrafista peruano Narciso de la Colina, el cual le permitió describir pormenorizadamente el enfrentamiento entre las escuadras chilena y peruana. Esas 200 páginas en folio del libro copiado le sirvieron, según sus palabras, para sacar el argumento de una «narración conmovedora, pero rigurosamente histórica».

⁷ Viñas, David. «Sarmiento: Madness or Accumulation». En Halperín Donghi, Tulio, Iván Jaksic, Gwen Kirkpatrick y Francine Massiello (eds.). *Sarmiento: Author of a Nation*. Berkeley: University of California Press, 1994.

La segunda motivación que ilumina su interés por conservar fuentes primarias es su disputa política e ideológica con la administración de Aníbal Pinto, su contendor en las elecciones de 1876. Fue precisamente esa disputa la que lo llevó a formar una sólida, compleja y ubicua red de informantes y proveedores de documentos en el teatro mismo de la guerra, red en la que comprometió desde soldados rasos hasta conspicuos generales. Entre 1879 y 1882, señala el historiador chileno Guillermo Feliú Cruz, Vicuña Mackenna fue reconocido «universalmente» como el jefe moral de la República de Chile, como el animador de sus ejércitos —del pueblo en armas— y como el cantor de las glorias de todos. Para mantener ese poder simbólico, reconocido por sus numerosos lectores, Vicuña Mackenna no tuvo más opción que montar un complejo sistema de comunicaciones que le permitiera competir con el Estado chileno por información de primera mano.⁸

En dicho contexto, su impresionante manejo de documentos bolivianos, chilenos y peruanos pasó a convertirse en un arma fundamental para disparar a diestra y siniestra contra quienes consideraba sus enemigos. El 3 de febrero de 1881, en un artículo de *El Nuevo Ferrocarril*, Vicuña Mackenna dejó en evidencia la efectividad y alcances de su activa red de informantes y, presumiendo de exclusividad, se vanagloriaba de «haber recibido algunos documentos originales encontrados en el Callao». El primero de ellos estaba firmado por Manuel Villavicencio, comandante de la *Unión*, quien, en vísperas de la caída de Lima, había desempeñado el puesto de subprefecto e intendente de policía de esa ciudad. Junto con proveer material de valor para humillar al enemigo, la red de informantes también fue activa en el envío de informes «internos» que le permitieron cuestionar públicamente el comportamiento del comando cívico-militar chileno. En una carta enviada por Narciso Castañeda, a pocas semanas de la ocupación de Lima, el informante lo puso al tanto sobre el reprensible comportamiento de algunos generales que solían sentarse «en la puerta de palacio» a tomar el «fresco desde las cinco de la tarde hasta la hora del té». En una misiva anterior, Castañeda, acopiador

⁸ Mc Evoy, «Guerra, civilización e identidad nacional», pp. 109-134

de documentos pero también informante, se había referido con sorna a «la multitud de cajones» que viajaban desde Iquique con destino a la casa de Patricio Lynch. Si bien nadie conocía el contenido exacto de los envíos, no dejaba de parecer sospechoso que el misterioso embarque hubiera sido celosamente vigilado por el mismísimo hijo del futuro jefe político militar del Perú.⁹

Descontando las cartas de denuncia o la serie de informes «internos» que Vicuña Mackenna recibía a título personal, resulta interesante definir con precisión las restantes prácticas y los mecanismos que contribuyeron a acrecentar la colección particular que he revisado detenidamente en Santiago. En primer lugar, muchos de los libros, diarios de campaña y documentación diversa que recopiló el historiador arribaron en calidad de obsequios personales. Ese fue el caso de la *Relación detallada de mi expedición al Perú* de Thomas Harris Cole, enviada por Isidoro Errázuriz. Se cuentan también en esta lista algunos ejemplares de la *Geografía del Perú* de José Gregorio Paz Soldán, remitidos por Eduardo Kerioist, y también el interesante *Libro copiador de la plaza del Callao desde el 11 de abril de 1880 hasta el 15 de enero de 1881*, obsequiado —con dedicatoria incluida— por el coronel José Antonio Varas. Entre los valiosos documentos que llegaron a su oficina de Santiago cabe destacar un legajo completo de la Prefectura de Lima, obsequiado por el teniente coronel José A. Nolasco, junto a diarios de campaña y una colección de cartas de soldados caídos en combate. Entre estas piezas figuraba el diario de campaña del capitán Otto Von Moltke, muerto en la batalla de San Juan, en Chorrillos, y las cartas y apuntes del capitán Manuel Baeza, fallecido en el combate de Pucará.

Como se ha visto, las acciones de Narciso Castañeda, el mismo que confesaba sin dobleces los detalles de su «robo honroso», resultaron claves para el acopio de documentos peruanos por parte del coleccionista chileno. Incluso Mauricio Cristi, el primer catalogador del Archivo Vicuña Mackenna, dejó registro de las maniobras del personaje en una nota al volumen donde se encuentran diversos documentos oficiales peruanos:

⁹ Ib.

«Legajo de 143 telegramas sobre los últimos hechos de la guerra encontrados en el Ministerio de Guerra por Narciso Castañeda». Fue entonces, en el marco de las sucesivas «sacadas» verificadas por el capitán del Regimiento Victoria, que llegó a manos de Vicuña Mackenna la correspondencia entre el ministro peruano Pedro José Calderón, el cónsul en Panamá Federico Larraña y otros funcionarios peruanos en torno a la compra de un valioso cargamento de armas durante el desarrollo de la guerra. Mediante igual expediente, recibió 1221 telegramas originales —algunos de ellos firmados de puño y letra— de Francisco Bolognesi, Lizardo Montero, Alfonso Ugarte, Mariano Ignacio Prado y tantos otros jefes militares peruanos, hoy conservados en el archivo del renombrado historiador. A lo anterior podrían sumarse los papeles oficiales del Gobierno dictatorial de Nicolás de Piérola (1879-1881), entre los que destacan 108 fojas de oficios evacuados por la Subprefectura de Lima, 56 notas de subprefectos informando a la autoridad política capitalina sobre el día a día en tambos, hoteles y posadas, 260 cartas particulares dirigidas al prefecto Juan Peña con noticias sobre las operaciones secretas de la guerra y otros papeles de no menos importancia que permiten reconstruir, desde diversos ángulos, los agitados meses de la dictadura de Piérola.

Lima no fue la única ciudad ocupada por el ejército invasor cuyos oficios y ordenanzas pasaron a engrosar el acervo que analizamos. En efecto, en la extraordinaria colección catalogada por Cristi se pueden encontrar otros importantes documentos tomados de la Prefectura de Tacna, entre ellos el estado del Ejército de Montero —que incluye una serie de piezas relativas a un contingente militar movilizado desde Puno—, información relativa a la Corte Superior, apuntes de contribuciones individuales, correos, rentas, licencias y fianzas correspondientes al giro del departamento. Otro legajo contiene las listas de los contribuyentes obligados a pagar patentes, la memoria de beneficencia de Tacna escrita por Carlos Basadre y un índice de leyes, resoluciones y órdenes del ramo de Hacienda dictadas desde 1821 en adelante. En el Archivo se conserva también el libro copiador de todas las notas de los subprefectos de la Caja Fiscal y de la Aduana de Arica dirigidas a la Prefectura de Tacna que, por esa fecha, se encontraba a cargo de Pedro del Solar. Respecto

a la Provincia Constitucional del Callao, Vicuña Mackenna sumó a su colección un libro en folio mayor de 284 páginas en el que se encuentran copiadas todas las disposiciones de la Comandancia General de Marina, entre el 12 de junio de 1878 y el 13 de enero de 1881; también se puede encontrar el memorándum de la Secretaría de Gobierno y Policía. Para el caso de La Libertad, destaca la presencia del registro oficial de aquel departamento, que abarca desde el 23 de enero de 1879 hasta el mes de diciembre del mismo año. Su archivo atesora, además, una copia de todas las providencias tomadas en la subprefectura de Chincha. Una anotación del mismo Cristi ilustra la importancia de este legajo, puesto que ofrece una atractiva aproximación al «sabor campesino» y a los azares de la guerra en varias provincias del Perú.

El hurto de documentos peruanos perpetrado por el capitán Castañeda no se limitó únicamente al ámbito de lo público, pues el improvisado pesquisidor también irrumpió en recintos privados con la finalidad de sustraer documentación personal de interés para su jefe. El allanamiento de la vivienda de Enrique Reyes, corresponsal de *La Opinión Nacional* en El Callao, es una muestra del celo con que Castañeda asumió su tarea. En dicha incursión, el militar extrajo cinco cartas de Julio Octavio Reyes —hermano del propietario, también periodista y secretario de Miguel Grau—, todas ellas enviadas a Vicuña Mackenna junto a un borrador de la misiva que el comandante del *Huáscar* escribiera a Carmela Carvajal, viuda de Arturo Prat. Cabe destacar que, según este borrador, guardado por el historiador como una verdadera joya, Grau suprimió algunos epítetos laudatorios en honor a Prat, entre ellos «digno y valiente». Las cartas que Castañeda tomó sin otro derecho que el que otorga la guerra ofrecen un interesante acercamiento tanto al día a día a bordo del *Huáscar* como a las preocupaciones, incluso políticas, de su distinguido comandante.

En cierto sentido, la sustracción de documentos gubernamentales peruanos por parte de los directores de la guerra —pienso en el caso de Eulogio Altamirano— puede entenderse bajo una lógica de «seguridad nacional»; al fin y al cabo se estaba peleando una guerra y era importante coleccionar información del enemigo. Lo que resulta difícil de comprender,

sin embargo, es que un coleccionista particular de Santiago terminase acopiando en su propio archivo documentos varios del Perú. Y el nudo se vuelve aún más complicado al advertir que una buena parte de las piezas obtenidas por Vicuña Mackenna durante los años de la ocupación tuvieron poco o nada que ver con los pormenores del conflicto; conflicto cuya narración, hasta donde sabemos, era la principal justificación para los esfuerzos recopilatorios del ilustre intelectual. Solo el trastorno de una guerra, los pormenores de una violenta ocupación militar y la enfermiza obsesión de un coleccionista burgués parecen explicar este curioso tránsito del patrimonio histórico desde archivos nacionales a una colección particular; me refiero específicamente a la presencia del Archivo del Mariscal Domingo Nieto, expresidente provisorio del Perú entre 1843 y 1844, una de las joyas de la Colección Vicuña Mackenna.

En la década de 1870, las dos hijas del mariscal Nieto, Beatriz y Fortunata, se apersonaron a la Biblioteca Nacional del Perú, que entonces dirigía Francisco de Paula González Vigil, con el objetivo de entregarle las cartas personales y documentos de su padre, para que estuvieran en un lugar seguro. En ese sentido, la Biblioteca Nacional era el espacio adecuado para que los peruanos interesados en las hazañas del Mariscal de Agua Santa pudieran profundizar sobre su historia y la de la temprana República del Perú. La muerte del hermano mayor, Domingo Nieto Solís, en el Torreón de la Merced al lado de José Gálvez, junto con la enfermedad de Leónidas, el menor, las hizo reflexionar sobre el legado documental de quien fue presidente provisorio del Perú (1843-1844). Las hijas de Nieto opinaban que el Archivo Nieto —compuesto por cientos de cartas y documentos— no debía quedar en manos de la familia sino más bien del ente cultural más importante de la República a la cual su padre sirvió con lealtad a lo largo de su vida.

En el otoño de 2002, mientras investigaba en el Archivo Nacional de Chile, me encontré con el donativo que las hijas del Mariscal Nieto le hicieron a la Biblioteca Nacional del Perú. La historia de este despojo empieza en 1881, cuando Lima fue ocupada y la Biblioteca Nacional fue tomada por asalto por el Ejército chileno. Mi hipótesis inicial era que el Archivo Nieto fue extraído del Palacio de Gobierno, donde se

guardaba importante material clasificado que, como bien sabemos, fue saqueado por los pupilos del General Manuel Baquedano. Sin embargo, al enterarme por boca del último descendiente directo del mariscal Nieto, Carlos de Abreu, sobre la donación que hizo la familia a la Biblioteca, me quedó claro que los centenares de cartas y documentos del primer comandante de los Húsares fueron parte del botín de guerra cuyo destino final fue Santiago de Chile.

No hay palabras para expresar mi sorpresa cuando tuve entre mis manos las decenas de volúmenes que cobijan los centenares de cartas con las palabras de Nieto y de sus cientos de corresponsales. La correspondencia de Nieto que he editado en Lima, luego de diez años de trabajo, da cuenta de la red política y militar más importante de la temprana República.¹⁰ La historia de Nieto y su tiempo realmente estremece, solo hay que recordar su prematura muerte y el hecho que su cadáver se extraviara por varias décadas antes de poder ser recuperado. Lo que siempre me ha conmovido de este personaje clave de la primera República, cuyo archivo completo aún se encuentra en el Archivo Nacional de Chile, es su doble muerte, la física como producto de la guerra incesante que peleó y esa otra que ocurrió a nivel de la memoria histórica. Por ello, a raíz del descubrimiento de su archivo en Chile, una paradoja más de su trágica vida, decidí que era necesario repatriar, aunque fuese de manera simbólica, lo que considero parte constitutiva del ADN político e ideológico de la primera República. En efecto, a la manera de un ámbar gigantesco, la correspondencia de Nieto captura un mundo sumergido que hoy vuelve al presente para interpelarnos, obligándonos a analizar las claves que contiene.

La repatriación simbólica del Archivo Nieto ha sido uno de los retos más grandes de mi carrera como historiadora, un reto tan grande que me ha hecho repensar la historia del siglo XIX peruano. Y es que las cartas de Nieto no solo provocan reflexiones históricas de tipo estructural — pienso en los grandes temas tratados en las cartas, como la formación del

¹⁰ Mc Evoy, Carmen. *La Guerra Maldita: Domingo Nieto y su correspondencia, 1834-1844*. Lima: Biblioteca Nacional del Perú, 2015, 2 vols.

Estado, la industria de la guerra, la organización de los pueblos en armas o el republicanismo en clave militar— sino que la trayectoria del militar moqueguano nos sumerge en la neblina de la guerra. Me refiero a ese mundo volátil y contingente que el Mariscal de Agua Santa pretendió una y otra vez organizar.

Nieto, derrotado en múltiples ocasiones, usó su pluma y el poder de la palabra para darse ánimos y volver nuevamente al campo de batalla. En ese sentido, las cartas cursadas con diversos personajes luego de su derrota en Portada de Guía son probablemente las más dramáticas, así como lo son aquellas en las que diversos funcionarios del frágil Estado peruano solicitan una ayuda que nunca llegó. En ese contexto, lo que más fascina y estremece es la fragilidad de los actores, tanto individuales como colectivos, frente a la contingencia de la guerra. Es ese vórtice de la guerra que tanto atrae a Nieto y a sus camaradas de armas lo más interesante de su correspondencia, así como el voluntarismo militar llevado a un grado extremo. He leído muchísimas veces sus cartas tratando de imaginar eventos como los preparativos para la larga marcha de Lambayeque a Lima en 1838 o la jornada a pie en los arenales de la costa, que, como bien sabemos, culminaron en la derrota de Nieto en las puertas de Lima.

La publicación de la correspondencia de Nieto debe ser el punto de partida de la repatriación de un fondo documental que, bajo todo punto de vista, le pertenece al Perú. El esfuerzo conjunto del Ministerio de Cultura, la Biblioteca Nacional del Perú y la Oficina de la Dirección Desconcentrada de Cultura del Cusco ha permitido que una importante parte de nuestra memoria histórica sea repatriada, al menos de manera simbólica, y que, además, se ponga en la agenda la devolución de los libros y documentos que ciudadanos chilenos, como fue el caso de Benjamín Vicuña Mackenna, extrajeron durante la ocupación. Solo el trastorno de una guerra, los pormenores de una violenta ocupación militar y la enfermiza obsesión de un coleccionista, parecen explicar este escandaloso tránsito de patrimonio histórico peruano a una colección particular en Chile. Ello demuestra, también, cómo un archivo no es tan solo un repositorio de documentos, sino que expresa las obsesiones

de su dueño; en el caso de Vicuña Mackenna estas eran las de una época y sociedad determinadas.

Finalmente, retomando uno de los argumentos centrales de esta nota sobre los usos y abusos de los archivos, me parece interesante plantear algunas líneas de investigación que el estudio del Archivo Nieto sugiere a la historiografía del siglo XIX. La impresionante cantidad de cartas del militar moqueguano y de sus asociados, ordenadas cronológicamente, permiten, por ejemplo, seguirle la pista a la revolución de 1834. Después de todo, es desde Arequipa, centro y eje de la respuesta ciudadana al gobierno ilegal del general Bermúdez, que se puede entender el protocolo político e ideológico de los levantamientos armados del siglo XIX. Desde las alianzas entre los militares y las corporaciones provincianas hasta la guerra de recursos, que posibilita una peculiar industria de la guerra en que incluso participaron las monjas con sus oraciones, la correspondencia reproduce nítidamente una etapa de la que conocemos muy poco. Un tema que llama la atención es la ideología de Nieto. En ella se combinan retazos de liberalismo (en especial su apuesta por la libertad política) y del viejo pactismo, pero también del republicanismo en clave militar. Son innumerables las referencias de Nieto al tema de la ciudadanía y a la incorporación de los soldados que pelearon en Ayacucho al pacto republicano. Otro tema, entre los muchos que afloran en las cartas, es el conocimiento exacto de la difícil geografía peruana que poseen los militares y lo fundamental de ello para la guerra de posiciones en las que se ven involucrados. La importancia de las redes políticas, un tema que exploré en el Archivo de Manuel Pardo, es fundamental para entender el siglo XIX, pero también lo es la apuesta por la paz (la posguerra) y el desarrollo económico en las antiguas provincias levantadas en armas. Estos y otros temas aparecen en la correspondencia del Mariscal de Agua Santa, un peruano que desbarata la tradicional imagen del «caudillo» y que regresa para iluminar los fascinantes años de la temprana República del Perú.
